

Mensaje de la Conferencia Episcopal de Guatemala Con motivo de la Beatificación del Padre José María Gran y 9 Compañeros Mártires de la Diócesis de Quiché

*“Esos son los que vienen de la gran persecución,
han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero” (Ap 7,14b).*

Introducción

Jesucristo es el Cordero degollado que, en obediencia al Padre, entregó su vida hasta derramar la última gota de sangre como ofrenda total de su vida en favor de la humanidad. Él es el Cordero de Dios que pasó por este mundo “haciendo el bien y sanando a los oprimidos por el mal” (Hch 10,38).

A lo largo de la historia de la Iglesia, en diferentes épocas y circunstancias, hombres y mujeres, discípulos fieles del Señor, han derramado su sangre hasta la muerte. Con el sacrificio de la propia vida sellaron las convicciones más profundas que animaron su vida: vivir como Jesús, entregar la existencia por los demás y participar en su destino. Destino de persecución y muerte.

Con este mensaje los obispos de la Conferencia Episcopal de Guatemala queremos recordarlos y proponerlos como ejemplo a seguir para todos los que creemos en el Señor ya que “El martirio es el mayor testimonio de fe, porque reproduce fielmente a Cristo, dando su vida para que otros tengan vida en abundancia” (Mensaje del 23-1-2020 Conferencia Episcopal del Salvador).

Al mismo tiempo agradecemos a Dios por el don de su vida y el ejemplo de su fidelidad.

Bendito sea Dios en sus mártires:

En la historia reciente de la Iglesia en Guatemala, desde el año 2017 han sido ya beatificados cuatro mártires pertenecientes a las diócesis de Sololá-Chimaltenango, Huehuetenango y al Vicariato Apostólico de Izabal. Ellos, en los años del conflicto armado interno, derramaron su sangre porque estaban convencidos que no hay amor más grande que dar la vida por los demás, sobre todo cuando la Iglesia Católica se empeñaba en defender los valores del Reino, proclamados por el Señor Jesús: la defensa de la dignidad humana, el respeto a la vida, la justicia social y la defensa de los más débiles y vulnerables.

Para no olvidar su testimonio y suscitar un profundo y deseo de seguir su ejemplo, al mismo tiempo que alabar y proclamar el poder de Dios que se hace

fuerte en los débiles, publicamos la carta pastoral “Sobre el Testimonio de los Mártires” el 6 de febrero del año 2019.

Ahora, el Señor nos ofrece de nuevo la oportunidad de alabarlo y agradecerle ya que el próximo 23 de abril, seremos testigos de la Beatificación de los Mártires de la Diócesis de Quiché; Beatificación aprobada por el Santo Padre en enero del año pasado. Ellos son hermanos de esta bendita tierra, hombres sensibles y de corazón inquieto que “obedecieron a Dios antes que a los hombres” (Hch 5,29). Es un día esperado con gran alegría, día de acción de gracias porque el Señor, que conoce bien los caminos de la Iglesia, nos regala a diez Beatos más: los Sacerdotes misioneros: José María Gran, Faustino Villanueva, Juan Alonso y los laicos Juan Barrera Méndez, niño adolescente, Domingo del Barrio Batz, Tomás Ramírez Caba, Nicolás Castro, Reyes Us Hernández, Rosalío Benito y Miguel Tiu Imul.

La muerte de los mártires, señal de esperanza:

En la Diócesis de Quiché la acción evangelizadora se intensificó en los años ‘40 del siglo pasado. Fue un hito en la historia de la diócesis pues muchos hermanos y hermanas se comprometieron con Dios, la Iglesia y la sociedad.

En consonancia con el Evangelio se apropiaron del proyecto de Jesús de Nazaret; entendieron con mayor claridad sus palabras: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10). Vivían de acuerdo a las Bienaventuranzas desde una vida sencilla de fe y caridad animada por un profundo espíritu de oración.

Este compromiso les mereció ser perseguidos porque eran: “Lámparas que ardían e iluminaban” (Jn 5,35).

La fe en la Resurrección sostuvo su espíritu y les dio fortaleza para enfrentar el sufrimiento y la muerte. Estaban convencidos *que “la vida de los justos está en manos de Dios y ningún tormento los alcanzará...aunque a juicio de los hombres han sufrido un castigo, su esperanza estaba llena de inmortalidad”* (Sabiduría 3, 1-6).

Ante la celebración de la Pascua que se avecina, al evocar su martirio, queremos proclamar como ellos lo hicieron con su vida: “Dónde está oh muerte tu victoria! ¡Dónde está oh muerte tu aguijón! (1Cor, 15,55). Su testimonio y ejemplo nos ayuda a confirmar nuestra fe en la Resurrección de Cristo y nos ofrece la oportunidad de honrarlos porque ellos también dieron su vida por sus propios enemigos. La memoria de su vida y de sus obras reafirman la esperanza que hay que morir para vivir y que no hay amor más grande que dar la vida por los demás.

Quiché tierra regada con la sangre de los mártires:

La vida de estos hermanos nuestros se caracterizó por sus obras. Su convencimiento que el cristiano no puede desentenderse de la realidad en que vive ni mucho menos encerrarse en un individualismo egoísta cerrado a las grandes necesidades de sus pueblos y comunidades en aquel momento histórico en el que vivían les ayudaba a entender la vida como un tiempo de gracia que los impulsaba a vivir en una tensión continua hacia la eternidad sin dejar de tener los pies en la

tierra. De esta conciencia surgió su compromiso social: fueron promotores de la justicia, constructores de la paz, artesanos del bien común, defensores ineludibles de la persona y sus derechos.

Su sinceridad y coherencia de vida, su pasión por el Reino de Dios, su total confianza puesta en Cristo, que les daba fortaleza y perseverancia, los convirtió en heraldos valientes del Evangelio, aun en medio de las pruebas a los cuales fueron sometidos sin olvidar la historia de mentiras, humillaciones, acusaciones y calumnias que buscaban, como a los Macabeos, hacerlos desistir de sus convicciones.

Después de tantos años, en el eco de la historia, podemos escuchar su voz potente que nos grita: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1Cor 9-16), y lo anunciaron porque estaban arraigados en la convicción de poderlo todo en Cristo que les daba la fuerza, (Flp 4,13).

Hoy levantamos nuestra mirada hacia ellos. Mirada de admiración y afecto. Les decimos: ¡hermanos, testigos fieles, apreciamos su testimonio de amor y fidelidad, reconocemos en ustedes el don maravilloso que el Señor les concedió para servir el Evangelio con todas sus fuerzas, con toda su alma, con sus luchas, con su trabajo, con toda su sabiduría, hasta derramar su sangre!

Bienaventurados los que luchan por un mundo mejor:

Al contemplarlos como mártires de la Iglesia, un canto de gratitud y de alabanza surge de nuestro corazón:

Bienaventurada la sangre derramada por estos hermanos nuestros, porque ellos, con su testimonio, nos han mostrado lo que significa amar a Jesucristo.

Bienaventurada la tierra que los vio nacer, crecer, aprender de sus mayores, y a la vez confiar con todas sus fuerzas en la misión de la Iglesia, que los recibió como madre y maestra de la verdad y la justicia.

Bienaventurados los mártires de un pueblo indígena bendecido con la fe en Jesucristo, porque ellos nos han mostrado hasta dónde puede llegar la entrega de un catequista o un misionero.

Bienaventurados ellos porque buscaron el Reino de Dios y su justicia; porque siempre abrieron sus manos para compartir, su boca para bendecir, su corazón para amar, aún a quienes los mataron.

Dios ha estado grande con nosotros porque en medio de la violencia incontrolable de aquellos terribles años, brilló la luz, la esperanza y hoy se cosechan frutos de fidelidad y santidad por su testimonio. Son para nuestra Iglesia y nuestros contemporáneos “una nube de testigos” (Hb 12,1).

Los mártires nos acompañan en el camino de la vida. Su ejemplo perseverante de luchar para que en sus comunidades se hicieran realidad los valores del Reino, se unieron al sueño de aquel Obispo del Quiché, Juan Gerardi de construir una Guatemala distinta. Ese sueño los Obispos de Guatemala queremos hacerlo realidad y por ello invocamos el auxilio de los mártires.

Conclusión

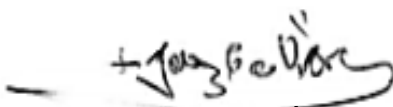
Los obispos de Guatemala nos unimos a la Iglesia que peregrina en Quiché y con María decimos: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su sierva” (Lc 1, 47-48a). En cada uno de los nombres de nuestros mártires y en sus vidas descubrimos la fe del “santo pueblo de Dios”.

Ellos serán desde ahora, de modo oficial, gracias a la aprobación del Papa Francisco, para nosotros y para toda la Iglesia, intercesores, cuidadores de nuestra Iglesia.

Esta beatificación nos permite reconocer que el martirio ha sido y es una gracia concedida a nuestra Iglesia. Gracia que nos compromete, nos fortalece y nos inspira para afianzar la construcción del Reino de Dios en nuestros Pueblos.

A nuestra Madre, ‘Reina de los Mártires’ encomendamos este compromiso y pedimos su intercesión.

Guatemala de la Asunción, 21 de marzo 2021.


+Gonzalo de Villa y Vásquez sj
Arzobispo Metropolitano y
Presidente de la CEG




+Antonio Calderón Cruz
Obispo de Jutiapa y
Secretario General de la CEG

